

De la colaboración particular de
EL ECO DE LA MONTAÑA.

Gerona y el Mariscal Augereau
Duque de Castiglione.

La ciudad de Gerona celebra todos los años en este octavario una función cívico-religiosa en honor del héroe de la guerra de la independencia D. Mariano Alvarez de Castro, y de los ilustres mártires de la misma, que sostuvieron el inmortal sitio de aquella ciudad.

Hace muy bien Gerona. Después de la bulliciosa fiesta de su Santo Patrón San Narciso, nombrado por aquel entonces generalísimo de las fuerzas de la ciudad, un recuerdo fúnebre y una plegaria lastimera y un tributo de admiración á aquel puñado de bravos que supieron morir en lucha titánica por su patria y contra el terrible invasor. Es lo menos que puede hacer.

Napoleón había asombrado al mundo entero con sus gloriosas campañas y la Europa estaba aterrizada. El Senado, escepción hecha de Carnot y su amigo, se frotaba las manos de regocijo y exclamaba con alborozo, parafraseando una célebre sentencia, «Creó Dios á Napoleón, y después, descansó de su obra». Los tronos y las testas coronadas vacilaban á su paso y decían todos, «es un genio extraordinario, es un coloso invencible».

Napoleón estaba en el apogeo de su gloria. Era en Febrero de 1807 y se daba una de las batallas más cruentas. El Emperador estaba fijo en el cementerio del pueblo de Eylau con su guardia veterana. Se luchaba todo el día con una furia y una tenacidad horrorosas. La caballería, que jugó en aquella jornada casi todo el papel, avanzaba y retrocedía en moles informes, sembrando el terror y la carnicería en los dos campos. Augereau, que en lo más recio del combate, se arroja á la pelea con 7,000 hombres, cae en la primera embestida herido y á sus pies 4,000 de los suyos. Declina la tarde y el enemigo es conducido hasta los mismos pies de Napoleón, que sale del cementerio con su guardia, y hace retirar al enemigo. Nunca se había visto tanto horror y tanta carnicería. El mismo Napoleón exclama: «Esto inspira horror á la guerra». La palabra más ingenua y más humana que pronunció quizá en su vida. La victoria quedó por Napoleón. Pero fué ella tan indecisa; el enemigo se retiró tan imponente y tan ordenado; el valor y la carnicería fueron tan equilibrados, que la Europa exclamó asombrada: «Napoleón ha sido derrotado»; voz que circuló como un rayo por la Europa entera hasta nuestra España, en que se grabó con caracteres de imprenta.

Y no obstante, la batalla de Eylau era una victoria. Pero no una victoria brillante y decisiva como las de Ulma y Austerlitz. El mismo Beningssen, general en jefe de las fuerzas rusas, admirado del poder de sus tropas y sorprendido, él mismo, de haber sostenido con tal tesón el honor de sus armas ante el *invencible*, se atribuye la victoria y lo hace creer así á su soberano. Triste temeridad que le llevó á los campos de Friedland donde una sola batalla pone á la Rusia á los pies del Conquistador. Funestísima fué para nosotros aquella batalla, porque ella trajo el tratado de Tilsit, y el tratado de Tilsit trajo la invasión de nuestra patria.

Solo una lección se había aprendido en la batalla de Eylau. Si Napoleón era invencible, en cambio se le podía hacer pagar muy cara una batalla. ¡Ah! El milagro de probar que aquel gran coloso era vencible, y probarlo á la faz de la Europa ya incrédula, estaba reservado á nuestra España con dos hechos gloriosos y en dos puntos bien distantes, Norte y Sur, Gerona y Bailén. Dupont entrega allí á nuestros bisoños soldados más de 20,000 aguerridos combatientes, y Duhesme, aquí, tiene que abandonar dos veces, soberanamente escarmentado, los muros de Gerona, á pesar de sus 15,000 hombres y sus fieras bravatas, batido y corriendo á ocultar su vergüenza en Barcelona.

La Europa estupefacta vuelve los ojos á España y empieza á creer en milagros. José, elevado al trono usurpado por su hermano, se siente temblar y se atreve á escribirle: «España, querido hermano, será vuestra tumba».

¡Y que maravillosas páginas las de Gerona! ¡Y cómo aprendió la Europa á pronunciarlo con admiración y grandeza!

Montado Napoleón en cólera al tener conocimiento de estas dos afrentas inferidas á sus águilas imperiales, hasta entonces vírgenes en los campos de batalla, decretó una nueva invasión y lanza contra nuestro suelo 300,000 soldados, casi todo el Grande Ejército, que habían asistido á sus más admirables batallas. Casi todos habían visto el sol de Austerlitz, los prodigios de Ulma, el huracán de Friedland.

Por Cataluña entre el 7.º cuerpo de ejército compuesto de 25,000 hombres al mando de Saint-Cyr. Con instrucciones especiales de Napoleón, resuelve á todo trance apoderarse de Gerona para vengar la afrenta vergonzosa echada á sus armas. Allí se dirige la división Verdier á la cual no tarda en unirsele Saint-Cyr. Prodigios de bravura hace el general en jefe con sus 30,000 hombres, sacrifica masas humanas y prodiga la sangre francesa contra aquellos sitiados, pero todo se estrella contra aquellos muros y aquellos pechos de hierro.

Era el 19 de Septiembre de 1809 y el Estado mayor del ejército sitiador estaba hecho una pólvora. El siniestro tañido de las campanas y el atronador redoble de los tambores, llaman á los combatientes á las murallas. Era que cuatro columnas de franceses compuestas de 2,000 hombres cada una avanzan resueltos sin disparar un tiro hacia las anchas brechas abiertas en las murallas con sus baterías y sus bombas. ¡Cómo siempre! Dos mil cadáveres franceses tendidos en la brecha y una retirada humillante.

¡Ah! Con que veneración contemplo aquellas siniestras ruinas de San Cristóbal, Santa Lucía, Torre Gironella, donde se desarrollaron los más heroicos hechos de aquella Iliada! ¡Qué lástima no pueda decir cuánto hablan á mi espíritu y cuánto enardecen mi memoria en los momentos que acostumbro visitarlas y quedarme estático ante ellas, aquellas elocuentes piedras y montañas disformes!

Se prolongaba el sitio, y esto tenía desesperados á los franceses. Debía venir Augereau, el violento, enérgico é iracundo Augereau. Se confiaba en él y se esperaba que consumaría aquella hecatombe humana.

Nuevas fuerzas se le suman y emprende un ataque general con toda la furia y la saña que abrigaba su pecho. Y ¡también cómo siempre; la misma carnicería y el mismo hierro que resiste!

Pero, lléganle á Augereau dos nuevos refuerzos horribles y éstos deben decidir la contienda á favor suyo, ¡el hambre y la peste! ¡Un ratón valía 5 pesetas y un gato 20! ¡Mil cien cadáveres ambulantes, último esfuerzo de las fuerzas sitiadas en la ciudad, paseando sus formas escualidas por aquellas calles-cenagales, llenas de escombros, miembros humanos en descomposición y montones de basura putrefactos, llorando la agonía de su jefe que acababa de recibir la Extrema-unción! ¡Ah, esto había terminado! ¡Aquellos hombres podían luchar contra los hombres, pero no contra el Cielo! ¡Gerona sucumbió!

Desde entonces el nombre de Augereau ha quedado unido con el de Gerona y su provincia, con el de Álvarez y sus tercios de bravos. ¡Cuánta oposición! ¡Qué elevación de alma en el uno y cuánta baja en el otro!

Augereau se vengaba. Dejó sentir el peso de su ira sobre la ciudad, sobre la provincia, sobre el héroe que osó resistirle. La muerte trágica de Alvarez en el castillo de Figueras, cuyo cadáver conservaba las huellas de un crimen villano á pesar del seguro jurado en la Capitulación y los cadáveres de miguelotes y somatenes colgados de la horca en encrucijadas y vías públicas,

probaba la vileza de aquella alma. Su conducta inauguró una nueva era de lucha feroz y horribles represalias, porque lejos de acobardarse el país, aumenta y engruesa sus fuerzas jurando una guerra de esterminio. Napoleón se irrita contra el cruel sectario y le releva por otro mariscal más humano; pero la chispa había prendido ya en la mecha.

Augereau había dejado una impresión profunda en el país y vivía con colores sombríos en su memoria.

He aquí como se contaba su historia y como se escribió en letras de molde allá por el año 1813.

Augereau, nació á mediados del siglo pasado en París, calle Mouffetard. Su padre era un pobre frutero. En su infancia vagaba por aquellas calles haciendo honor á los más listos pilluelos. Mozo ya, reveló grandes cualidades como fullero y aprovechado tomador, en términos que la policía le echó la mano y se le obligó á sentar plaza en uno de los regimientos de la Legión de Córcega, formado de vagamundos y ladrones, destinado á Tolón.

Sus travesuras y algunos timos que se le probaron allí, le ocasionaron una condena á galeras y el ser marcado. En el presidio de Marsella supo ganarse la voluntad de un joven alemán de buena familia allí detenido, y como los amigos y deudos de éste le prepararan la fuga, se acogió á ellos y logró escaparse. Llegó á Alemania y allí sentó plaza en un regimiento austriaco de que no tardó en desertar.

En 1787 se encontraba en Francfort desempeñando el oficio de marcador de billar en un café-posada. En día de ferias se hospedó en la casa un rico relojero de Ginebra y como tomara al tal huésped algunos relojes que habían tentado su codicia, fué descubierto, nuevamente marcado y condenado á dos años de trabajos forzados en la limpieza pública y arrastrando el chirrión por aquellas calles que debían verle 19 años después elevado á comandante en jefe del ejército francés.

Concluida la condena, vuelve á Francia y obtiene el grado de capitán; pero su afición á aventuras le hace desertar pronto y emprender el viaje de España, fijándose en Madrid, donde se alistó á la guardia walona. Otra de sus fechorías contra lo ajeno le obliga á abandonar pronto aquella capital, dirigiéndose á Lisboa, donde se estableció de maestro de esgrima. A los 18 meses se descubre su aventura de Madrid y huyendo de la persecución, se embarca sigilosamente para Nápoles, alistándose en uno de aquellos regimientos con el grado de sargento.

Aquí trabó amistad con el Barón de Talleyrand, tío del otro de ese nombre, futuro príncipe de Benevento. En esto estalla la Revolución francesa y corre precipitadamente á París á hacer su papel.

Se organizaba entonces la legión alemana y á pesar de que debía constar solo de extranjeros, el Inspector Saiffet, en atención á los conocimientos que tenía de los ejércitos extranjeros que había frecuentado, le admitió como sargento.

Aquella legión fué destinada primero á Flandes y pasó después á la Vandée, donde se distinguió por sus desórdenes y crueldades, en términos que el Gobierno, mandó allí á Tallieu para disolverla. No obstante, Augereau, que había logrado el grado de coronel y había alcanzado ya gran ascendiente, se salva del naufragio y es destinado á París, nombrándole el Directorio, general de división, figurando mucho en los sucesos del 18 fructidor.

Destinado luego al ejército de Italia, señalóse por su bravura y por sus rapiñas; especialmente en las batallas de Sodi y Arcola. En esta última, el ejército francés estaba en derrota; pero arrancando de manos de un alférez la bandera, se pone al frente de sus tropas, y al grito: «*Siganme todos los valientes sans-culotes*,» atraviesa el puente á pesar del terrible fuego de artillería y decide la victoria, haciendo rendir las armas á